

RESEÑA

## EL INDIVIDUO FRENTE A LA SOCIEDAD O EL *WESTERN* SOCIOLÓGICO

**Modesto Gayo**

Universidad Diego Portales

### 1. LA POSDICTADURA Y LAS SOMBRAS DEL PASADO

**A** diferencia de la transición española, e incluso de la argentina, hay algo incómodo en la “transformación” política que tuvo lugar en Chile a fines de los años 80. Quedó en el aire la sensación de haberse consumado un equivalente a la transustanciación católica del vino en sangre, de haberse producido una forma de “gatopardismo”, de haber tenido que reconocer que lo sustancial del régimen político chileno es la continuidad de su “oligarquismo”; perdonando, sí, todos estos intentos de inventos léxicos. La transición chilena a la democracia trajo en su equipaje la alegría del fin de la dictadura, al menos para la mitad de sus ciudadanos-electores, junto a la tristeza producto de una profunda convicción de derrota irremediable. Eso implicaba que dictadura y democracia no eran más los antiguos enemigos de los años 20 y 30 del siglo XX, no eran más los opuestos que los liberales situaron frente al enemigo comunista. Con el paso de los años, fue haciendo inmersión en el agua la certeza de las bondades de la democratización, para verse ahora a través del lente del inmovilismo social, la desigualdad clasista

---

MODESTO GAYO. Cientista político de la Universidad de Santiago de Compostela, magíster por la University of Manchester y doctorado por la Universidad de Santiago de Compostela. Profesor de la Escuela de Sociología de la Universidad Diego Portales. Email: [modesto.gayo@udp.cl](mailto:modesto.gayo@udp.cl).

y el elitismo. Todo ello puede parecer extraño al autocomplaciente empresariado nacional, a su satisfecha clase política y, por supuesto, a los sectores más adinerados de la sociedad, los conocidos ABC1 —según una popularizada nomenclatura marketera—, o a los residentes del cono de alta renta santiaguina; pero resulta a todas luces evidente a grandes masas, también las letradas, de la sociedad chilena actual y del pasado más reciente. Lo importante aquí no es si las cifras económicas han acompañado a los amigos de Milton Friedman, los geográficamente bautizados como Chicago Boys, o si la institucionalidad promovida por la Constitución del 80, en fraudulento plebiscito (Fuentes 2013), fue un éxito cuya durabilidad sirve de paladina demostración de acierto, o si el fin del gobierno de la Junta fue evidencia suficiente de la visión de futuro de sus líderes, alejándose a tiempo lo suficiente del poder. Quizás tener una visión compartida de todo este largo y traumático fin del siglo XX en el cono sur de América, y por supuesto en Chile, sea un sueño en una historia política que se fijó como meta transicional la reconciliación. Algo se avanzó en esta dirección. No es necesario hablar de todo ello aquí: los informes Valech, Rettig; el fin de los enclaves autoritarios y la de algún modo nueva constitución de 2005; y ahora el recién aprobado sistema electoral, el proyecto de nueva constitución, y un largo etcétera de intentos disparados a una diana movediza y quebrada cuya forma no termina de vislumbrarse claramente.

El libro *El miedo a los subordinados*, de la investigadora Kathya Araujo,<sup>1</sup> se inserta en una nutrida tradición de literatura en las ciencias sociales, y en particular en la sociología, que tiene como uno de sus propósitos centrales contribuir a dar una explicación que permita entender por qué los cambios no han sido suficientes para impedir la emergencia de críticas al sistema tan ácidas, profundas y sostenidas en el tiempo. A este respecto el ejemplo más señero es la secuencia de informes del PNUD, los que cada dos años vienen trazando una hoja de ruta guiada por la voluntad de desentrañar la subjetividad de los chilenos desde los años 90 en adelante, es decir, del Chile posdictadura, de un país que ha experimentado una larga transición. Muchas de las dificultades que los individuos enfrentaban fueron condensadas en el informe de 2002: la soledad biográfica, la carencia del sentido

---

<sup>1</sup> Santiago: LOM, 2016. En adelante, el libro será citado sólo con el número de página entre paréntesis.

colectivo, el sufrimiento frente a las dificultades impuestas por una vida social cuya normatividad estaba en desarrollo o no pertenecía a sus ideales. Podríamos sintetizarlo: el individuo frente a lo colectivo, el desencaje subjetivo frente a una vida social que se padece. Entrelazado con este relato, es imprescindible traer a colación la contribución de Norbert Lechner y su libro *Las sombras del mañana*, de la misma época, que enfatizó igualmente las dificultades de la construcción subjetiva de un “nosotros” chileno. En otros términos, los cantos transicionales dejaron a este sujeto atrás, pero una importante parte de la reflexión sociológica con mayor visibilidad y ambición de divulgarse se dedicó precisamente a construir y diseccionar este objeto de estudio. Éste es el propósito del trabajo previo de Kathya Araujo y Danilo Martuccelli, también publicado por la editorial LOM en el año 2012, cuyo fin declarado era hacer un retrato de la individuación, o la situación del individuo, en la sociedad chilena actual (Araujo y Martuccelli 2012), en directa conexión con trabajos de Martuccelli, como el que realizó en colaboración con François de Singly (2012). Similares apuestas de indagación sobre la subjetividad mostraron los textos de Carlos Ruiz, *De nuevo la sociedad* (2015), o el trabajo de Alberto Mayol sobre el malestar, en *El derrumbe del modelo* (2012). En un sentido más amplio, pero también en diálogo con esa misma intención de exploración de la subjetividad, podrían mencionarse destacados ejemplos como los de Tomás Moulian y su *Chile actual. Anatomía de un mito* (2002), o de Jorge Larraín, en su *Identidad chilena* (2014). Los propósitos son sustantivamente disímiles entre estas aportaciones, pero el hilo común de la reconstrucción de la subjetividad de los chilenos es un elemento que no podemos soslayar para entender la tradición dentro de la cual escribe Araujo. A decir verdad, en la sociología nacional la subjetividad del individuo devino un tema político de primer orden y su restauración, un deber de cualquier futuro cívico-democrático. Por ello mismo, la dramatización de su fracaso se volvió imprescindible como elemento de crítica al régimen dictatorial y al presente republicano. También debido a esta posición de partida, cualquier avance institucional o socioeconómico de tipo estructural (mejora de rentas, desarrollo educativo y cultural, multiplicación de infraestructuras, entre otros) debe obtener reconocimiento no por su realidad objetiva, sino por el impacto que causa en dichas subjetivida-

des. Lo que se hace y no impacta en la *psique* ciudadana es superficial a la mirada del exigente ojo humano. Por ello mismo, lo que se deja de hacer pudiera tampoco importar demasiado.

## 2. UNA AUTORIDAD TORCIDA O A PROPÓSITO DEL FRACASO DE LA LEGITIMIDAD

Como decimos, la apuesta por la subjetividad sirve como revulsivo a una cierta mirada sociológica que encuentra aquí un lugar seguro como poseedora de lo que considera un anclaje firme en una mirada peculiar. Para entender este punto en el texto que nos convoca, es oportuno en este lugar adelantar el retrato que la autora nos propone. De acuerdo con ella, en el Chile actual las jefaturas tendrían serias dificultades para ejercer la autoridad frente a sus subordinados, de los cuales se esperaría obediencia. El jefe debe decidir entre dos alternativas: ajustar su comportamiento a un ideal conciliador, lo que lo condenaría al fracaso, o desempeñar sus tareas de un modo autoritario, en ocasiones violento, recibiendo la censura de sus inferiores pero también su obediencia, lo que le reportaría buenos resultados y lo mantendría en el cargo. Siendo la eficacia en el mando una prioridad, las jefaturas chilenas, y se entiende que el resto de las latinoamericanas también, optarían por el segundo camino. La razón para que esto sucediese de este modo tendría un fundamento principal: “El motor oculto más importante del ejercicio de la autoridad en Chile es el miedo a los subordinados” (58). No obstante, debe quedar claro que el libro no habla de política, al menos no directamente, si bien la política está presente de forma latente en todas sus páginas. La propuesta metodológica define dos áreas de la vida cotidiana: la familia y el trabajo, y es a través del análisis de las jefaturas en ambas esferas cómo se constituyen las bases empíricas del estudio. Es aquí, por tanto, donde la crisis de las instituciones se erige como un argumento central. Es aquí donde emerge la amenaza de la falta de legitimidad, de una eventual carencia patética de autoridad a pesar de ocupar la posición que se entiende que nos dota sobrada o suficientemente de la misma, y tal viene siendo el caso de los padres o de las posiciones ejecutivas de variado nivel en las organizaciones del trabajo. Frente a su eventual “desnudez” o infortunio, el jefe se revuelve dando

mandobles de voz a diestra y siniestra, para asegurar su supervivencia mediante una obediencia incómoda, pero obediencia al fin y al cabo, como una fórmula de éxito entre la resistencia pasiva de sus subordinados. Esta fórmula de jefatura autoritaria tendría antecedentes históricos en los modelos de la hacienda y el portaliano, pero su caracterización específica sería contemporánea, pues ni la historia, mediante la transmisión de pautas culturales, ni el tejido institucional bastarían para entender el ejercicio mismo de las jefaturas. En despliegue en las distintas esferas de la realidad, muestra un rostro poliédrico cuya diversidad sólo puede entenderse desde las circunstancias locales o particulares que el jefe debe enfrentar en su desempeño. Es por ello según la autora que, por desviado que sea, el real ejercicio de la autoridad en Chile debe entenderse como algo permanente y, de ese modo, se convierte en la justificación para constituir una teoría que responde a la circunstancia latinoamericana, en una versión que se hace eco de formas teóricas con vocación de descolonización, de alejamiento del eurocentrismo dominante en las ciencias sociales y, por qué no decirlo, en la cultura política de los ciudadanos alejados por completo de la vida académica e intelectual.

Esta teorización se entiende siempre en contraste con la realidad europea o “noroccidental”, donde aparentemente el ejercicio implicado en ser jefe estaría mejor ajustado a un ideal normativo de horizontalidad interpersonal y logro de objetivos. Para secundar la misma, recurre permanentemente a la figura del sociólogo alemán de comienzos del siglo XX Max Weber, en cuya teoría de la autoridad-dominación encuentra no sólo una manera de encarar el problema de la obediencia frente al mando, sino igualmente elementos que hace equivalentes a la historia de Europa de aquel momento y más allá. Por lo tanto, las diferencias con las categorías “tipo-ideales” weberianas son interpretadas como diferencias históricas entre las sociedades latinoamericanas, principalmente Chile, y las europeas. A este respecto, no se sabe con certeza qué época compara con cuál otra, lo que dota al texto de un halo de atemporalidad, el santo grial de los investigadores dedicados a una forma de teoría que tiene la ambición de ser dominante y que muy frecuentemente se parece o se hace equivalente al ensayismo.

Por eso mismo, este contraste resulta forzado. En otras palabras, la autora habla de la violencia en Chile durante el siglo XIX y de la Cons-

titución de 1925. Pero por muy atribuladas y pisoteadas que las grandes masas de oprimidos de la época se sientan, cabe levantar la pregunta: ¿No es esta historia más pacífica, moderada y apacible que la vivida en Europa con los fascismos, la guerra civil española y las dictaduras sin fin que arribaron hasta los años 70? ¡Y para qué hablar de violencia y política! Es por ello que la impresión que va quedando con la lectura es que el modelo de sociedad europea es una ficción conveniente al argumento y no una entidad real. Digámoslo así: ¿Por qué a pesar del miedo a los subordinados la violencia política muestra niveles tan contenidos? ¿Por miedo a los subordinados? Entonces, si así fuese, eso faltó en Europa unas décadas atrás y ello hubiese ayudado a la democratización anticipada en países como España y Portugal. Asimismo, el recurrido modelo noroccidental, ¿se refiere también al que las potencias europeas y norteamericana aplicaron en sus respectivas colonias (*de facto* en el caso de EE.UU.)? ¿Estamos hablando de la persecución de la obediencia conciliada que representaron las estrategias políticas de los nacionalismos europeos del tipo IRA o ETA? ¿Está este acuerdo democrático conciliador y cohesivo bien representado por las agresiones de la policía española que tuvieron lugar tras la manifestación que llamaba a “rodear el parlamento” en Madrid? ¿Y la ultraderecha europea en alza es conciliadora? ¿Y Donald Trump? Si hubo miedo por parte de estas jefaturas, parece haber sido psicoanalítico y no político. Además, en Chile, lo que serviría para otros muchos casos: ¿Cómo entender el miedo en una sociedad en la que los enfrentamientos civiles los han ganado casi siempre la derecha y los sectores más pudientes? Si hay miedo, éste es el de los subordinados, fundado en sus historias reales de derrota, exclusión, huida y desamparo. Historias sin voz en general. El miedo del que habla la autora es un adelanto de un posible trauma, el desorden de los que deberían obedecer, la insumisión potencial de los sometidos, la rebelión de los sojuzgados, pero funciona como una tesis psicoanalítica construida sobre un jefe que es un arquetipo y no una persona real, y por lo tanto también en un conjunto argumentativo elevado sobre entidades semejantes, tipos ideales, modelos hacendales y portalianos.

Esto no es para afirmar que no hay temores, o que la relación jefe-subordinados es un asunto sencillo. Nada así será tipeado en estas páginas. Nada nos confirma igualmente que no haya miedo, aunque

la desconfianza parece más extendida en las relaciones sociales, sobre todo cuando hablamos de ámbitos como el trabajo. El miedo puede ser más polémico y quizás por eso mismo más necesario para una reflexión que quiere mostrarse diferente, en un contexto en el que los bajos niveles de confianza interpersonal y de legitimidad institucional ya han sido un tema de amplio uso científico (Morales 2008; PNUD 2014; Aninat y González 2016).

### 3. LA POLÍTICA DEL MÉTODO O SOBRE LA PRESCINDENCIA DE LA METODOLOGÍA

Para sostener el argumento del libro, la autora nos presenta la naturaleza de la información (los datos) sobre la que se fundó empíricamente su estudio. En síntesis, nos encontramos con un conjunto de 32 entrevistas en profundidad semiestructuradas y 12 grupos de entre 4 y 6 personas de lo que denomina “conversación-dramatización”. En ambos casos, se intentó que hubiese paridad de hombres y mujeres, e igual de sectores medios (medios altos) y populares (o de menores recursos), y las personas debían tener entre 35 y 55 años. En todo caso, en el libro estas categorías de clasificación de los participantes no reciben un tratamiento sistemático, siendo más bien exhibidas cuando el argumento en desarrollo reclamaba la oportunidad de su presentación. En síntesis, si hubiese que optar entre una sociología de corte teórico ensayístico y una fundada en el tratamiento de datos, debemos sostener que el libro de la investigadora Araujo consiste en un largo ensayo sobre la teoría de la autoridad en ciencias sociales. A este respecto, es valioso, denso en lo argumentativo e interesante. Desde un punto de vista metodológico, mi opinión es muy diferente. Y lo es porque es un libro que evidentemente trata la información de manera oportunista, lo que plantea serias dudas sobre sus conclusiones. En otros términos, esto nos sitúa de pleno en el terreno de la política del método, o lo que aquí podemos entender como un uso de los métodos orientado no principalmente a probar nuestras hipótesis, o abierto a contradecirnos, sino a la generación de un argumento ya preconstituido con la apariencia de una tesis científica. Nunca existió la posibilidad de que el argumento fuese refutado: tanto es el empuje y la selección que hace la autora que ahoga todas las demás

posibilidades. Veamos esto con más detalle, pues este problema tiene varias caras.

En primer lugar, existe en la construcción del argumento un fuerte riesgo de confusión entre subjetividad y hechos, y por tanto podríamos estar ante un ejercicio sociológico incompleto. Esto hace difícil aceptar la transición entre el ensayo —por valioso que éste sea, esfuerzo que constituye el cuerpo central del libro— y su valoración como una investigación sociológica empíricamente informada. La metodología ofrece dos dispositivos: las entrevistas en profundidad y los grupos de conversación, pero no sabemos nunca cuál fue el rendimiento real de cada uno de ellos. Esto impide reconocer sus limitaciones y lo que nos faltó saber para defender nuestra tesis. No cabe duda de que este silencio invita a la aceptación de la suficiencia de lo hecho, si bien es natural que el lector se sienta incómodo con la presencia de afirmaciones sin sustento en la información sobre la que se dice que se levantaron.

Esto afecta asimismo al tratamiento de las variables de clasificación, como el género (hombre/mujer) y la clase social (medio-alto/popular). ¿Género y clase para qué? Ninguna parece importar demasiado, o al menos el relato evita detenerse en variables que son utilizadas más como control que como verdaderas oportunidades de elaboración sociológica. Ello lleva a una insuficiente reflexión sobre la eventual significación de la posición de clase, la cual fundamentalmente se niega, pues la teoría de la individualización o “individuación” no parece permitir otra cosa. En este sentido, la sobreteoría conduce a omisiones y conclusiones forzadas. Es válido tener un punto de vista, pero no lo es tanto cuando la parcialidad de la mirada impide observar fenómenos relevantes como la desigualdad en un sentido más amplio. La liquidez de las jefaturas manifestada por la autora —hoy jefe, mañana subordinado, o jefe en una esfera de la vida y subordinado en otra— hace de las posiciones de supraordinación y subordinación figuras impersonales, débiles disfraces, ubicando a los individuos, al parecer en permanente movimiento, en jerarquías que sólo cuentan con ellos de manera circunscrita y ocasional. Es por ello que la interiorización de la posición de dominación se vuelve fragmentaria y necesariamente frágil. Pero, ¿son así las posiciones de clase reales? Nada sabemos.

Quizás ello sea así porque, simplificando un poco las cosas, no hay “jefes” en la muestra, y si los hay, no han sido identificados y están



presentes de manera azarosa y no sistemática. Esta ausencia refuerza la idea de estar indagando en un arquetipo presente en un imaginario histórico, y no en el ejercicio real con el que por momentos parece comprometerse el libro. Asimismo, no hay reconocimiento de la complejidad de las familias actuales, en las que el orden tradicional pudiera estar en cuestión. Adicionalmente, por momentos hay largas argumentaciones cuyo fundamento son las experiencias y vivencias, junto con la capacidad de reflexión, de Araujo. Esto es porque, para la mayor parte del escrito, como ya anoté, los datos son secundarios u ocupan una posición subsidiaria o, en el mejor de los casos, complementaria a un relato que tiene otro origen. No obstante, si bien estoy de acuerdo con muchas de sus opiniones, por ejemplo las contenidas entre las páginas 70 y 74, eso no significa que haya un respaldo suficiente para ellas en su investigación. Que los argumentos sean buenos no quiere decir que sean sociológicamente ciertos. Este fantasma recorre todo el libro: el lector a menudo se ve convencido por tesis con respecto a las cuales no le cabe más que hacer profesión de fe, ejercicio de sumisión que supongo le resulta más fácil a los acólitos de la teoría de la individualización o individuación, o a los seguidores de las llamadas sociologías del individuo (Martuccelli y De Singly 2012). Si bien está más allá del libro que estamos reseñando, esta duda debe de perseguir también a los protagonistas o promotores de dicha perspectiva teórica, pues Martuccelli y De Singly llegan a sostener que

*a priori* se podría pensar que los métodos cuantitativos no estarían en el lugar de posibilitar una sociología del individuo singular (...). El hecho de que los métodos cuantitativos puedan poner entre paréntesis a los individuos concretos no impide (...) la integración de esos métodos a una sociología del individuo (...). La encuesta por cuestionario permite también estudiar la relación personal con las prácticas, o sea, el sentido subjetivo de las conductas. (Martuccelli y De Singly 2012, 83)

No son mis palabras, pues yo no hago equivalentes lo cuantitativo y lo científico, dado que dicho automatismo me resulta del todo ajeno y absurdo. Tampoco creo que los citados autores lo crean así, pero su afirmación deja asomar un temor, el miedo al desvelamiento de la debilidad metodológica.

En segundo lugar, no hay claridad o fundamento suficiente que justifique lo que podríamos denominar la excepcionalidad del caso chileno. Esta diferencia aparece y desaparece a lo largo del texto. A veces Chile es tratado como un caso con entidad propia, lo que conduce a elaborar en los modelos de la hacienda (colonial) y portaliano (siglo XIX); mientras, por otro lado, lo chileno es frecuentemente subsumido en lo latinoamericano, como un ejemplo de una realidad más extensa, si bien siempre opuesta a las sociedades del mundo “noroccidental” (Europa, Estados Unidos). Para hacer equivalentes a Chile y el resto de Latinoamérica, o a cualquiera de ambos opuestos a los modelos noroccidentales europeos y estadounidense, esta investigación hubiese necesitado una perspectiva comparada para poder determinar cuán diferentes son estos casos. La reiteración de la diferencia en base a tipos ideales y datos tomados de manera poco sistemática parece que está en función de una agenda teórica, que tiene como propósito construir una distinción con el mundo antiguamente colonial, para posteriormente ofrecer como respuesta una teorización ajustada a las demandas de una realidad diferente, frente a la cual resultaría insuficiente y finalmente inadecuado adoptar propuestas de comprensión nacidas en otros contextos. A este respecto, en el libro hay una estrategia que posee raíces en las contribuciones de años precedentes de Araujo y autores afines, y que tiene por finalidad situarse en la vanguardia de una teorización de corte latinoamericanista, posicionándose como la primera entre iguales en un mundo todavía por explorar y comprender, y para lo cual urge tener un lente teórico propio. Se halla así como primera entre los post o anti-colonizadores, aprovechando el viento de popa del latinoamericanismo, hoy carente o huérfano de los viejos padres que lideraron el pensamiento de las ciencias sociales del continente sur de América.

Un tercer aspecto que plantea dificultades en el desarrollo argumental es el tratamiento colateral de las razones estructurales. Éstas son mencionadas en ocasiones, pero dejadas finalmente fuera de la explicación, la cual se constituye en base a los temores y cómo éstos trascienden los contextos históricos; emergen como elementos permanentes del ejercicio de autoridad. El temor combinado con la necesidad de la eficacia en el mando daría forma a una ecuación aditiva que tendría como resultado el autoritarismo. En otras palabras, esta versión

torcida, contorsionada, violenta, *ad hoc*, local de jefatura viajaría subida al lomo del miedo, adoptando formas de acuerdo a las nuevas realidades de agresividad e incivilidad. Ahora y siempre, en la larga noche del autoritarismo en Latinoamérica, no alcanza a verse todavía la luz democrática al final del túnel. En esta lógica, las reformas estructurales han podido cambiar los equilibrios de poder en la forma de mayor capacidad de influencia y decisión de los hijos y los trabajadores, pero ello no habría hecho más que agudizar la tensión excesiva que se vive al mando de las familias y las burocracias. Sin embargo, a pesar de los asertos presentes en el libro, es muy poco lo que sabemos sobre la relación entre desenvolvimiento económico e institucional, por un lado, y democratización u “horizontalización” social, por el otro. A propósito de los cambios históricos, se sostiene que hay diferencias en el imaginario pero no en la constante: la violencia ejercida por la jefatura. Pero, como indicamos, no se contrasta esta violencia supuestamente existente con un fundamento empírico suficiente. Debemos entender que el imaginario, y por tanto las declaraciones de las personas entrevistadas, pudiera ir por detrás de la realidad. Pudieran ser impresiones del pasado, aprendidas en la escuela, la familia, los grupos de pares, la información de prensa, todos ellos propensos a la crítica fácil, base de la cohesión interpersonal.

Finalmente, hay algo que se les escapa a las metodologías como habitualmente son pensadas en sociología. Habría un espacio por rellenar, una dimensión incierta que no sería posible observar en plenitud. Hay por ello una penumbra, un debe que el libro puede tomar a favor o en contra. Éste viene constituido por el hecho de que, de acuerdo con Araujo, el temor puede ser inconsciente, y huelga decir que consciente también. A pesar de su presencia menor, es el primero sobre todo el que trata de escudriñar el libro: un miedo arraigado en el inconsciente, un temor tácito, no siempre observable con los lentes metodológicos utilizados y al uso hoy. Por eso mismo se trataría de un miedo “ensayado” como tesis, a menudo puesto con una insistencia que trata de convencernos de la presencia de algo tenue que se teme que pudiera no existir y menos demostrar de forma fehaciente. Como la autora afirma en relación con la esfera familiar, si bien de forma inversa, el miedo a los subordinados pudiera ser como el traje nuevo del emperador. Pero ahora los subordinados parecemos ser los lectores.

#### 4. LA SOCIOLOGÍA PÚBLICA COMO COMPONENTE DEL ÁGORA POLÍTICA

La teoría de la individualización en la versión de Beck y Beck-Gernsheim (2002) hacía un canto a la llegada de un nuevo período histórico: la modernidad tardía o segunda modernidad. Una de sus principales características era que, por fin, el declive de los imaginarios tradicionales de clase, familia o religión permitía el desarrollo de un espacio fértil para el desenvolvimiento del individuo que aquella modernidad había prometido. Respondiendo a este quiebre histórico de las conciencias, la sociología debía dedicarse a indagar en las nuevas subjetividades nacientes. Digámoslo de otro modo: el declive del movimiento obrero y de las políticas del socialismo más en general, la flexibilización y multiplicación de los modelos familiares, y el fortalecimiento de la secularización dejaron al individuo en un aparente páramo al que debía dar respuesta. Este individuo abandonado a su suerte desarrolló, al menos supuestamente, un relato basado en un proyecto solitario, al estilo *western*. Ahora su biografía no sería el producto de las condiciones contextuales tradicionales, sino en gran medida el resultado de sus aciertos y desaciertos, aventuras y desventuras. Este individuo, quien no negó las circunstancias pero las puso entre paréntesis, emergió también como una figura propia del contexto neoliberal, y la atención científica a su naturaleza parecía querer capitanear la elaboración de la hoja de ruta de la nueva sociología. Los trabajos sobre esta subjetividad de las pasadas dos décadas en Chile podrían ser pensados como una suerte de marcha blanca que todavía está en camino.

Esta sociología ha tratado de ser un trabajo con dos ambiciones. Por un lado, ha dado la batalla académica, quizás hasta ahora con suerte variable, y podemos ver ejemplos de esta naturaleza principalmente en libros (Güell y Peters 2012) y revistas académicas (Araujo y Martuccelli 2015). Por otro lado, y ésta es la dimensión que a mi parecer es la más significativa al menos en Chile, ha tenido la voluntad de desarrollarse como una sociología de combate o crítica política, comunicando hallazgos científicos con el propósito inmediato de intervenir en el debate público. Por lo tanto, la sociología de la individuación chilena, la del “individuo agéntico”, se ha propuesto a sí misma como una versión de sociología pública orientada a formar parte de e informar el ágora

política. En este sentido, el libro de Araujo menos es lo que nos dice verdaderamente sobre la familia y el trabajo, y mucho más sobre lo que casi calla: el autoritarismo presente en la sociedad chilena.

En este combate agorístico, caracterizado por el uso blando del poder y la palabra, la sociología tomó la posición del ciudadano, mientras áreas disciplinares como la ingeniería y la economía adoptaron posturas identificadas con el tomador de decisiones. El libro de Araujo es uno más entre el conjunto de los ya comentados de Moulian, Martuccelli, Mayol, entre otros. Al decir de Michael Burawoy (2005), el destacado sociólogo norteamericano que tanto hizo por promover la sociología pública, los estudios sociológicos con esta perspectiva contribuirían al desarrollo de una corriente cívica que tendría la voluntad de obstaculizar el creciente autoritarismo decisional y conservadurismo presentes en los regímenes democráticos, al menos desde los años setenta en adelante. El mundo se habría ido desplazando hacia la derecha y la sociología, a la izquierda. De un modo diferente, el libro de Araujo no creo que demuestre un efectivo movimiento a posiciones izquierdistas de la sociología, sino que es —lo que es igualmente significativo— una confirmación de la aceptación académica de que el mundo ha cambiado y ello requiere, en consecuencia, un cambio disciplinar ajustado a los tiempos. Esta mutación evolutiva conserva el *ethos* crítico de parte de la teoría sociológica, pero abandona bastiones tradicionales cuya erosión contribuye a confirmar, desprendiéndose con ello de conceptos ya clásicos (la clase social entre ellos) y demostradamente fructíferos, que fundamentaron la arquitectura de las controversias y la polémica social durante el último siglo. El ánimo de descollar de esta sociología del individuo lanza el bebé con el agua, o convierte a los demás en ciegos para poder ser el rey.

##### 5. HACIA EL FINAL O ENCARANDO LA SEGUNDA TRANSICIÓN: MOVILIZACIÓN CIUDADANA Y CRISIS NORMATIVA

El libro de Kathya Araujo es un libro político. La tesis central no es tanto el miedo de las jefaturas a los subordinados, sino la presencia del autoritarismo en la sociabilidad chilena. En teoría, ambos estarían inextricablemente unidos. Este interés se refleja a lo largo de todo el texto, pero se descubre particularmente en algunas partes que funcionan

como icebergs expresivos, los que nos ayudan a entender la corriente subterránea que recorre el escrito. A modo de ejemplo, en medio de la exposición de los modelos hacendal y portaliano, Araujo observa: “Los ideales-tipo analizados hasta ahora han permitido acercarse a la estructura del autoritarismo y de los miedos en la cristalización de estos modelos de autoridad” (58). ¿No es esto político? ¿Qué tiene esto que ver con la familia y el trabajo de manera principal? ¿Cómo podemos entender este ejercicio metonímico mediante el cual la parte (lo familiar y laboral) habla por el todo (lo social, incluido especialmente lo político)?

Un primer aspecto de la respuesta pasa por entender que este libro y algunos de los otros mencionados (Mayol 2012; Fuentes 2013) difícilmente pueden entenderse sin su contexto social de escritura. Dicho en términos estructuralistas, no es que este libro no tenga autor, sino que el autor es tanto la historia social como el escritor mismo. El ciclo de aproximadamente la última década de movilizaciones sociales en Chile ha tenido como resultado no sólo cambios políticos, sino también la activación de un área de producción académica que no podría ser entendida sin aquéllas. El conjunto de marchas, paros, declaraciones *off* y *online*, cobertura de prensa nacional e internacional, compromiso de estudiantes y trabajadores, familias y líderes en progresión contribuyeron a la formación de un hervidero social que hizo evidente algo ya sabido pero quizás no siempre hecho manifiesto, constituyendo una dimensión muy importante de la política: el gobierno se orienta a contener a las masas. La gobernabilidad depende de ello.

Es justamente esta cuasi omisión de lo político lo que enfatiza precisamente esta dimensión de la vida social. No en vano centrarse en la familia y el trabajo no es una forma de huida de la política, sino una manera de subrayar el extraordinario enraizamiento de actitudes autoritarias, por ello desviadas, en la sociedad chilena. Esta distorsión de los ideales cívicos en un proyecto de democracia efectiva lastraría tanto la política que podríamos entender de manera restringida y tradicional, demostrado por las expresiones de movilización y descrédito de los partidos políticos, como la vida en esferas clave de nuestra cotidianidad como ciudadanos y personas. Es decir, los males de la partidocracia o del partidismo clientelar se verían reflejados igualmente en las esferas del trabajo y nuestra vida íntima. El autoritarismo y a menudo la violencia excesiva, escasamente racionalizada, conducirían a situaciones

sociales de conflicto permanente que dificultarían a los individuos el desenvolvimiento de proyectos de vida plenos.

Esta presencia de una versión de la autoridad ciertamente deformada frente a un ideal de obediencia basado en un acuerdo normativo de amplio alcance ciudadano lleva aparejada una visión crítica sobre la historia política del Chile republicano, de su modernidad política postcolonial y en parte posthacendal. Pero antes de nada, pues el libro tiene propósitos de crítica a nuestra contemporaneidad, arrastra su argumento hasta decir calladamente que hay dosis importantes de fracaso en la última transición, lo que llevado al extremo podría devenir en una convicción de la institucionalización de una democracia aparente, más que sustantiva. Esto contribuye a hacer borrosa la distinción entre dictadura y democracia, y nos retrotrae en Chile necesariamente a tiempos del pinochetismo, e incluso más allá, pues, como queda dicho, el autoritarismo se convierte en un elemento que permea y coloniza la historia del país y, por similitud, del conjunto de sus vecinos latinoamericanos. No en vano, en la región la autoridad parece jugarse en la demostración de la eficacia en el logro de objetivos, y no en el despliegue de un comportamiento conciliador adoptado a una norma externa, a una normativa consensuada y socialmente horizontalizante: “La cuestión de la eficacia factual en el mando prima por sobre la cuestión de la creencia en la legitimidad de la autoridad” (195). Sin embargo, esta discusión, que pareciera hoy zanjada, estuvo presente en Europa hasta hace muy pocas décadas, por no hablar del presente, por ejemplo, en las presiones que sufre la Unión Europea en estos momentos. En definitiva, ¿no es esto lo que se discutía en los años setenta y ochenta del siglo pasado cuando se trataba de clarificar qué era más conveniente: la dictadura o la democracia (Maravall 1995)? De acuerdo a este propósito de elegir entre dos alternativas incompatibles, Araujo hace su diagnóstico del presente: “La autoridad, constantemente puesta en jaque en las interacciones intrafamiliares, abre así a un debate político, cotidiano y más o menos subterráneo, sobre la democracia y la dictadura: entre aquellos que reivindican todavía, pero ya a la defensiva, la autoridad-vertical de antaño y los que adhiriendo al ideal de la horizontalización de las relaciones sociales recurren, a pesar de todo y no sin vergüenza, a los viejos recursos del autoritarismo. En el ejercicio de la autoridad intrafamiliar, y en el miedo a los subordinados que ello revela, se juega hoy en Chile una etapa crucial de la transición a la democracia” (137).

Finalmente, este libro posee una gran virtud. Por su forma de escritura, que aquí podemos denominar “mántrica”, tiene como estrategia convencer al lector no por la evidencia que ofrece, como sería el caso del informe del PNUD, sino por la repetición constante de su tesis central: el temor que inspirarían en las jefaturas los que estarían llamados a obedecer, el reiterado “miedo a los subordinados”. Esta idea protagoniza un nuevo embate de la sociología del individuo o la individuación, de la subjetivación o del sujeto-individuo frente al mundo. Ello deviene un intento por restringir la comprensión del individuo a una versión semejante a la del conocido “homo economicus”, la que podríamos denominar “homo sociologicus”, reducido a la existencia individual y a sus respuestas presentes a entornos próximos o locales. Se desvanecen la historia y sus instituciones, apareciendo entre la polvareda de los debates previos la soledad del corredor de fondo.

## REFERENCIAS

- Aninat, Isabel & Ricardo González. 2016. “¿Existe una crisis institucional en el Chile actual?”. *Puntos de Referencia* 440. Centro de Estudios Públicos.
- Araujo, Kathya. 2016. *El miedo a los subordinados*. Santiago: LOM.
- Araujo, Kathya & Danilo Martuccelli. 2012. *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos*. Tomos I y II. Santiago: LOM.
- . 2015. “La escuela y la cuestión del mérito: reflexiones desde la experiencia chilena”. *Educação e Pesquisa* 41 (especial de diciembre): 1503-1518.
- Beck, Ulrich & Elisabeth Beck-Gernsheim. 2002. *Individualization*. London: Sage.
- Burawoy, Michael. 2005. “For Public Sociology”. *American Sociological Review* 70: 4-28.
- Fuentes, Claudio. 2013. *El fraude. Crónica sobre el plebiscito de la Constitución de 1980*. Santiago: Hueders.
- Güell, Pedro & Tomás Peters. 2012. *La trama social de las prácticas culturales: sociedad y subjetividad en el consumo cultural de los chilenos*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado.
- Larraín, Jorge. 2014. *Identidad chilena*. Santiago: LOM.
- Lechner, Norbert. 2002. *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: LOM.
- Maravall, José María. 1995. *Los resultados de la democracia. Un estudio del sur y del este de Europa*. Madrid: Alianza Editorial.
- Martuccelli, Danilo & François de Singly. 2012. *Las sociologías del individuo*. Santiago: LOM.



- Mayol, Alberto. 2012. *El derrumbe del modelo. La crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo*. Santiago: LOM.
- Morales, Mauricio. 2008. "Evaluando la confianza institucional en Chile. Una mirada desde los resultados LAPOP". *Revista de Ciencia Política* 28 (2): 161-186.
- Moulian, Tomás. 2002. *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago: LOM.
- PNUD. 2014. *Auditoría a la democracia. Más y mejor democracia para un Chile inclusivo*. Santiago: PNUD.
- Ruiz, Carlos. 2015. *De nuevo la sociedad*. Santiago: LOM. *EP*